Sábado. Vigilia Pascual en la Noche Santa.

ENCUENTO EN UN RINCÓN CUALQUIERA

Padre Pedrojosé Ynaraja

Hoy es el día del aburrimiento. Del desconcierto. Densos nubarrones nos cubrían sin dejar caer ni una sola gota de agua. Silencio del cielo, jolgorio en la tierra. La gente está en los mercados aprovisionándose de las viandas necesarias para la fiesta que se avecina. De lo que le pasó al Señor, casi nadie se ha enterado. Tampoco alegra la vida de nadie, ni sorprende. De un tal hecho, se entera la familia y los que conspiraron. Ajusticiar, muchas veces, es un simple anuncio que da la autoridad, para que nadie se atreva a sublevarse, por legítima que pueda ser su protesta.

Entre nosotros, en casa, todo está repleto de su ausencia. Por cualquier lugar que uno vaya, nota su vaciedad. Solo Ella suspira sin desalentarse. Mantiene la esperanza, sin comprender Ella tampoco lo que ha pasado y lo que está pasando. Si el Maestro en Getsemaní sufrió la duda, ahora le toca a Ella. Dice y repite; no puede ser, esto no se puede acabar así. Yo sé que mi Hijo existe, no sé cómo, pero permanece, estoy convencida, aunque no segura. Es preciso esperar. Tantas cosas nos dijo que, pese a querer guardarlas, ahora todavía, no sé qué significado tenían.

Me entraban ganas de salir y gritar a las gentes que pululaban por las calles, sin otra finalidad que comprar y llevarse a casa lo adquirido. Decirles a voces; ¿pero no sabéis que ha muerto el Mesías? ¿Qué hacéis aquí moviéndoos como locos? Qué ha muerto el Maestro de Israel, el que fue anunciado de antiguo y todos esperábamos. No seáis estúpidos. Parad de una vez y meditad, acudid al Templo, subid a los montes. Gritadle a Dios que nos perdone. Pero luego nada hice, ni dije, así de cobarde fui.

Así transcurrió aquel sábado sin sentido, repleto de dolor estático, de pena insuperable, de incomprensión de lo sucedido, sabiendo, no obstante, lo importante que había sido y era. Día de aburrimiento o de modorra. Dolor inmenso espiritual.

Ahora que he superado aquel trance, acepto cosa que entonces no podía. Ahora comprendo que la más antigua de las curas paliativas, fue la contemplación de la Pasión del Señor. Muchos en su lecho de muerte lo solicitaron, encontraron consuelo y se enriquecieron de Gracia. El caso emblemático e irrepetible fue el de aquel delincuente que junto al Señor era ajusticiado. Su compasión le salvó y murió escuchando lo que más deseaba.